

**EL INSTITUTO DE MEDICINA EXPERIMENTAL
DE CARACAS**

HUMBERTO GARCÍA AROCHA

Ex-Director de l'Institut de Medicina Experimental. Caracas.

Con motivo del centenario de su nacimiento, el pasado mes de agosto se le rindieron en Caracas diversos homenajes al Maestro Augusto Pi Suñer. El carácter nacional que tuvieron dichos homenajes y la extensa publicidad que se les dió, tal vez constituya el mejor índice de la magnitud y trascendencia de la obra que realizó en Venezuela este ilustre catalán.

Comenzando por los poderes públicos de mi país, el poder ejecutivo y el poder legislativo, en primer término, ambos se honraron, honrando la memoria de quien —en forma generosa y eficaz— tanto contribuyó al progreso científico y cultural de Venezuela. Para conmemorar aquel nacimiento, los dos órganos de gobierno ya mencionados promulgaron decretos y acuerdos, mediante los cuales se ordenó la reimpresión del libro «Principio y término de la biología», primera obra editada en Venezuela por el doctor Pi Suñer, la puesta en circulación de un timbre postal con la efigie del Maestro, designar con el nombre de Augusto Pi Suñer la promoción de ciudadanos venezolanos naturalizados en el mes de julio del presente año. Asimismo, se acordó apoyar la solicitud de numerosos discípulos para que el Consejo de la Facultad de Medicina de la Universidad Central de Venezuela designe con el nombre de Augusto Pi Suñer el Instituto de Medicina Experimental fundado por él en 1940. Especial significación tuvieron los tributos rendidos en las dos cámaras de nuestro Congreso Nacional. Por separado, y en forma casi simultánea, en el Senado de la República y en la Cámara de Diputados, todas las fracciones políticas, a través de la voz de sus respectivos oradores, dieron entusiasta y caluroso apoyo a los textos que fueron presentados como proyectos de homenaje. Fue así como estos dos proyectos resultaron finalmente aprobados sin enmiendas y por unanimidad. Me permito hacer hincapié en esta última circunstancia, ya que en el Congreso Venezolano muy pocas materias son aprobadas por unanimidad. Por lo contrario, tras la acrimonia de muchos debates surgen con frecuencia hondos desacuerdos expresados,

a veces, en términos y vocablos de aquellos por los cuales solemos amonestar a los niños cuando los repiten, pues se trata de malas palabras. Por consiguiente, la unanimidad con la que los representantes del pueblo venezolano tributaron honores a Augusto Pi Suñer pone de manifiesto cómo las actuaciones del Maestro estuvieron siempre por encima de toda coyuntura circunstancial, animadas sólo por aquel persistente impulso que le llevó a luchar sin descanso por el progreso y bienestar de todos los venezolanos, sin distinciones de ninguna clase.

La Academia Nacional de Medicina, el Instituto Pedagógico, el Instituto de Medicina Experimental y el Centro Catalán sirvieron de sede para la realización de fervorosos actos en los cuales se exaltó la obra del Maestro. Al propio tiempo, varios de sus discípulos publicamos artículos en la prensa diaria, en cuyos textos corrieron parejos el afecto, la emoción del recuerdo y la admiración por quien trocó la pena y congoja del desterrado, en afán incontenible de trabajo y creación. Algunos de estos homenajes fueron transmitidos por la radio y la televisión, en tanto que, en diarios y revistas, se publicaron numerosos reportajes sobre los actos conmemorativos celebrados en Caracas.

No es ahora, cuando se cumple el centenario de su nacimiento, que se han iniciado gestos de reconocimiento a la labor cumplida por Augusto Pi Suñer en Venezuela. Dos promociones de médicos, la egresada de la Universidad Central de Venezuela en 1950 y la egresada de la Universidad de Oriente en 1965 —además de la promoción de profesores egresada del Instituto Pedagógico en 1965— llevan su nombre. Hace diez años se le dio el nombre de Augusto Pi Suñer a un liceo de la república. Confiamos ahora en que las autoridades universitarias accedan a la petición de darle el nombre del Maestro al Instituto de Medicina Experimental por él fundado.

En Caracas, un amigo catalán me manifestaba: «Vosotros los venezolanos suelen ser generosos cuando muestran agradecimiento.» Muy amable ha sido el amigo catalán al expresarse en esos términos. No obstante, se hace indispensable dejar esclarecido que no han sido simples afanes generosos los que nos han llevado a dar muestras de gratitud a una persona fallecida. Los homenajes rendidos en mi patria al Maestro Pi Suñer consagran algo más que un mero agradecimiento, tributan —por encima de todo— el cabal reconocimiento a la extraordinaria obra que realizó entre nosotros. Se trata, concretamente, de un acto de justicia, cumplido en buena oportunidad y con toda espontaneidad.

En quienes fuimos sus discípulos existe, claro está, el vínculo afectivo, el que se inició hace cuarenta años y fue haciéndose cada vez más hondo en el correr del tiempo. Fue este poderoso vínculo el que nos

trajo aquí, hace dos años, a mi esposa y a mí. Siempre habíamos experimentado grandes deseos de conocer Catalunya. Estos deseos nos descendían del recuerdo, grato y hermoso, cuando de labios del Maestro escuchábamos relatos de ciudades, costas y paisajes que desde su infancia le fueron familiares. Con cuánta nostalgia le afloraba la reminiscencia de Barcelona, de su Instituto, la Academia de Medicina, sus quehaceres culturales, música, amigos y contertulios. Por sobre todo, cómo le desbordaba la memoria —transida de melancolía— de su casa de Rosas, construida por el abuelo Suñer y Capdevila, de quien nos decía era médico muy culto, a la par que fogoso político y materialista distinguido, que publicaba encendidos artículos en el «Almanaque Democrático». Fue la densidad de estos recuerdos, la memoria tan viva de aquellas descripciones que años atrás nos hizo el Maestro, lo que sembró en nuestro ánimo la tenaz curiosidad por ver y conocer los sitios y lugares donde ocurrieron episodios que nos fueron relatados, con toda fragancia y candor, en las tantas anécdotas escuchadas de sus labios.

Fue así como hace dos años, casi por esta misma época, en la inmejorable compañía de Teresa y Pedro, de Nuria y Rosendo Carrasco, correteamos a todo lo largo de esta hermosa tierra catalana. Viva en la memoria, Rosas con su hermosa bahía; allí, mientras caminábamos, nos salían al encuentro los recuerdos iluminando cada trecho y cada trazo del recorrido. La casa solariega convertida en huellas, sólo cantos de piedra hundidos en la tierra, tras la demolición. Sin embargo, cuánta historia albergó aquel ámbito hoy derruido, desde la evocación de la infancia hasta los años maduros, la tertulia familiar y los agradables cruceros en *Los Tres Hermanos*. Los tantos recuerdos desbordados iban tomando cabal fisonomía ante la realidad al fin conocida. Todos estos instantes lo fueron de gran emoción hasta el punto de que concluimos confesando que aquel viaje nuestro, hace dos años, aquí a Catalunya, había constituido para nosotros lo que un peregrinaje a La Meca representaba para un fervoroso fiel del Islam.

Esta misma devoción, este mismo afecto, intacto y hondo, es el que nos ha traído nuevamente aquí, en esta ocasión, para participar en los homenajes que la tierra catalana rinde a uno de los más ilustres de sus hijos. Confieso que sentí gran alegría cuando se nos extendió la invitación para que hiciésemos acto de presencia en la oportunidad en la cual Catalunya había dispuesto conmemorar el centenario de nuestro insigne Maestro. Hago propicia esta oportunidad para expresar —en nombre de mi esposa y en el mío propio— nuestras muy sinceras gracias al Gobierno de esta Generalitat por la gentileza y consideración que ha tenido para con nosotros al propiciarnos el disfrute de estos

momentos y, al mismo tiempo, brindarnos la coyuntura para explicar un poco de lo mucho que Augusto Pi Suñer hizo por lo nuestro venezolano.

Después de haber sobrellevado al lado de la República aquella noche larga de angustias y dolores que fue la guerra civil, tras el triunfo de Franco, Augusto Pi Suñer tomó el camino del exilio; primero a Francia y luego a Venezuela, donde arribó el año 1939, contratado por el Ministerio de Educación para organizar la enseñanza de las Ciencias Fisiológicas en la Facultad de Medicina de la Universidad Central. Fue así como hace cuarenta años le conocimos en Caracas y de nuestro primer encuentro he dado fe, en un texto que escribí a raíz de su fallecimiento, texto que he publicado, o leído, en diversas ocasiones, pero que considero indispensable repetirlo aquí, ante esta audiencia catalana. Podría pensarse que, soportando la natural congoja del desterrado, tras cruzar el Atlántico, al final de aquel viaje que nos lo llevó a nuestra patria, mostraría desgarraduras en el ánimo y un poco de hiel en la garganta. Pero no fue así, y para nosotros aquello fue la sorpresa inicial. Luego, en el correr de los años, a su lado, fue adquiriendo la fisonomía de una enseñanza persistente, la que nos prodigó cada día levantándose de las cenizas del dolor con sosegada dignidad, con reposada altivez. La congoja se le quedó en la entraña, sin amarguras ni asperezas, incorporada al noble equilibrio de una conciencia justa y sin rencores. En su expresión y en su lenguaje jamás percibimos la arista filosa de la rabia o el encono.

Llegó a Caracas al filo de sus sesenta años, la cabeza cubierta ya de canas, de ademanes reposados, levantaba la diestra hasta dejar descansada la mano abierta sobre el flanco, mientras las palabras fluían sin prisa, matizadas de la grave guturalidad que se llevó de acá, de su tierra catalana, de su Empordà de costas bravas y farallones granfíticos. La mirada tranquila, distante, tendida más allá de los interlocutores, recreándose acaso en vivencias y recuerdos de los cuales le descendía aquella serenidad que a todos nos subyugaba. Su decir claro, sencillo —sin adornos ni encajes—, pero lleno de acentos de firmeza, iba traduciendo la robusta cohesión de un pensamiento, afinado de luz y henchido de bondad.

En el año 1939, con la incorporación de Augusto Pi Suñer, comenzó una etapa de hondas reformas en nuestra Facultad de Medicina. Su pensamiento científico, forjado en las recias disciplinas del laboratorio, influyó poderosamente para hacer cambiar los puntos de vista de una medicina puramente descriptiva, circunscrita a síntomas, exploraciones semiológicas, historias y evidencias clínicas. La enfermedad es expresión de la función alterada y ésta no puede comprenderse hasta

tanto no se penetren los mecanismos físicos, químicos y físico-químicos que caracterizan la función normal. En otras palabras, Pi Suñer recalcó hasta la saciedad que la medicina, para hacerse científica, ha de analizar el hecho clínico a la luz de los procesos fisiopatológicos, estructurales y bioquímicos que determinan cada dolencia y cada enfermedad. Ésta fue la esencia de todas sus lecciones de Fisiología y de Fisiopatología que le tocó dictar. Un buen número de médicos venezolanos que hoy ejerce en distintos campos de la profesión, ha sabido mantener intactas aquellas enseñanzas, aplicando a diario la metodología aprendida y testimoniando, con su actitud frente al paciente, cuán vigorosa y decisiva fue la transformación que Pi Suñer supo imprimir al pensamiento médico de nuestra patria.

En el terreno de las Ciencias Fisiológicas, Pi Suñer cambió totalmente los medios y métodos de enseñanza. Con tenacidad y voluntad ejemplares obtuvo los recursos necesarios para fundar, en 1940, el Instituto de Medicina Experimental. Allí organizó laboratorios dotados de instrumentos y equipos indispensables que permitieron impartir la docencia e iniciar la investigación científica. Convirtió la Fisiología, la Fisiopatología y la Farmacología en ciencias experimentales. En el Instituto recién fundado por él adoctrinó discípulos, impulsó vocaciones, despertó inquietudes y pronto creó los primeros núcleos de trabajo que comenzaron, en forma seria y disciplinada, a cultivar la indagación original.

Con la ayuda de sus asistentes venezolanos prosiguió sus investigaciones en torno a los efectos de la sangre urémica sobre la secreción urinaria y la depuración de urea. También llevó a cabo una serie de experimentos, complementarios a los que ya había iniciado aquí en Barcelona en compañía de Bellido, tendentes a demostrar la presencia de quimiorreceptores en el aparato respiratorio. Los resultados de estas indagaciones fueron incorporados a una extensa monografía que, bajo el título (traducido al castellano) «La regulación de los movimientos respiratorios por quimiorreceptores periféricos» publicó en el «*Physiological Review*» el año 1947. La labor de Augusto Pi Suñer como investigador científico está recogida en más de 200 publicaciones, escritas unas en catalán, otras en castellano y muchas en francés, inglés y alemán. Un buen número de resultados obtenidos en sus tareas de investigador están incluidos en varios capítulos de los 18 libros que publicó, 10 de los cuales escribió en Venezuela.

Sobre su labor experimental, debo confesar que aquel reposo y sosiego que siempre acompañaban al Maestro en sus disertaciones, le abandonaban por completo cuando se entregaba a las faenas del laboratorio. En este ámbito, daba la impresión de que la cabeza le marchaba

más rápida que las manos, lo cual se traducía, a veces, en aceleradas manipulaciones o ajustes del dispositivo experimental, con el inefable resultado de varias fiolas rotas, cilindros graduados fracturados y hasta un mechero encendido derribado al suelo, en una ocasión.

En el orden docente, se beneficiaron de las enseñanzas de Augusto Pi Suñer las Facultades de Medicina, de Odontología y de Medicina Veterinaria de la Universidad Central de Venezuela, así como también los alumnos de la Sección de Biología y Química del Instituto Pedagógico. En relación con sus clases, se hace necesario afirmar que a todos nos deleitaba la extraordinaria claridad con la cual hacía sus explicaciones, así como su asombrosa capacidad para la síntesis, juntando siempre, en forma armoniosa y bien correlacionada, numerosos fenómenos y hechos al parecer dispersos pero en realidad conjuntos al ser atacados, imbricados y expresados en breves frases y sentencias.

La afabilidad, la sencillez, fueron cualidades que siempre le acompañaron dentro y fuera del aula. Recuerdo que, al concluir la clase, los alumnos le rodeaban para formularle preguntas, ampliar conocimientos sobre los conceptos escuchados durante la lección y, algunos estudiantes, hasta incurrían en la osadía de comunicarle sus personales experiencias, en torno a algunos de los temas explicados durante la lección. A todos escuchaba Augusto Pi Suñer con cabal paciencia, con sosegada atención. En la coyuntura frente a cada alumno volvía a explicar y, si se hacía necesario, incorporaba nuevos hechos o argumentos a los ya enunciados en la dictada clase. No se retiraba del aula hasta no dejar contestada la última pregunta y hasta no dejar aclarada la más trivial duda sobre la cual hubiese sido consultado. Luego, en los exámenes orales, sin ningún propósito de alcahuetería, cómo ponía de relieve su natural bondad, al ayudar al estudiante a completar la explicación y a veces hasta ampliarla, en términos tales que al final del examen había hablado menos el examinando que el examinador.

Debo recordar, con igual emoción, la severa metodología observada por Augusto Pi Suñer para preparar sus clases, sus conferencias y, en general, todo cuanto fuesen públicas disertaciones. Al respecto, nada más ilustrativo resulta que la narración del profesor Gustavo Bruzual el 3 de agosto pasado, en la oportunidad de la cual quienes fueron sus alumnos en el Instituto Pedagógico conmemoraron el centenario del nacimiento del Maestro. Refería Bruzual que un día, cuando él y otros estudiantes aguardaban la lección que un profesor debía darles, en la media hora siguiente, les fue comunicado que dicho profesor no podría asistir, pues se encontraba enfermo. En estas circunstancias, se dieron cuenta que el profesor Pi Suñer se encontraba en el Instituto Pedagógico y que no tenía asignada clase alguna en la hora en la que le corres-

pondría dar su lección al profesor enfermo. Se daba además la situación de que, al día siguiente, estos mismos alumnos tendrían clase con el profesor Pi Suñer. Por parecerles lógica la solución y, por lo demás, ventajosa para ambas partes, acudieron al Maestro y le propusieron que aprovecharse la hora dejada vacía por el profesor ausente para anticipar, en 24 horas, la lección que deberían escucharle el siguiente día. El profesor Pi Suñer, con toda cortesía y entera franqueza, les respondió que lo sentía mucho, pero que se le hacía imposible complacerles por cuanto que esa clase aún no la había preparado. Les explicó entonces que era su costumbre no dar lección alguna si antes no había invertido el tiempo necesario para darle una adecuada preparación. Refirió Bruzual que aquella respuesta más que sorprendidos les dejó sumamente intrigados, pues ya les habían informado que aquella venerable persona —que a la sazón ya contaba 66 años— se le consideraba como un sabio eminente en el mundo entero.

Puedo dar fe que la anécdota relatada por el profesor Gustavo Bruzual revela en toda su magnitud la recia disciplina a la que siempre se ajustó Augusto Pi Suñer en el ejercicio de la docencia. A nosotros, quienes para esa época ya éramos profesores y que, por razones de edad, se nos podría considerar como sus discípulos mayores, siempre nos predicó que nunca deberíamos entrar al aula sin un cuaderno de apuntes bajo el brazo; que una clase aun cuando se hubiese dado durante veinte años sucesivos, requería en cada ocasión de una adecuada preparación, ya bien fuese para corregir conceptos, omitir o ampliar explicaciones y, sobre todo, para organizar en nuestras mentes, en cada oportunidad, el severo ordenamiento de la exposición que permitiese hacer, cada día, más didáctica y más asimilable la lección que debíamos impartir.

En la medida que transcurrían los años íbamos descubriendo nuevos aspectos de su pensamiento, de sus gustos o inclinaciones. A la sólida formación científica se añadía su vocación por la literatura, la música y la filosofía. En Venezuela, Augusto Pi Suñer escribió dos novelas, frecuentaba conciertos y daba ciclos de conferencias divulgativas en las que enlazaba temas de biología con reflexiones filosóficas. Esta última modalidad constituyó el sello más característicos de la multitud de ensayos y de varios de los capítulos de los diez libros que escribió en Caracas. El cauce de su pensamiento se fue ampliando, no sólo a base de erudición, sino también por la profundidad de la reflexión acerca de la significación de metas y objetivos. No fue únicamente del trabajo experimental sino de otras vertientes del conocimiento con los que fue realizando aquella asombrosa síntesis que le dio fisonomía singular a la universalidad de sus ideas.

Penetró en los más variados predios sin aprensiones ni temores, movido por una irrefrenable inquietud en la que siempre anduvieron de manos la luz del entendimiento y el fuego de la pasión. El enigma científico, el problema social, la lucha política y el afán del artista; mente y sentimiento, ciencia y conciencia corriendo parejas, conjugadas armoniosamente, en toda su conducta y actuaciones. Alcanzó la sabiduría y por ello supo comprender con amplitud, orientar con cabal acierto y aconsejar con bondad y espíritu generoso.

«La conciencia —escribió— representa una extensión limitada dentro de la vastedad de la vida psíquica. Es incomparablemente mayor el contenido de lo inconsciente que el que forma la conciencia... El obstáculo insuperable aparece en cuanto se trata de resolver el misterio de la propia conciencia.»

Con pertinaz empeño, Augusto Pi Suñer se entregó a hondas reflexiones acerca del origen de la conciencia. Abordó su análisis desde el ángulo científico y la mira filosófica. Bajo esta doble perspectiva afirmaba que la persona «por la vertiente fisiológica es individuo como los demás animales; por la vertiente psicológica es conciencia». Pero ya el Maestro nos había señalado que la conciencia representaba una mínima fracción de la vida psíquica y al referirse a esta fracción se preguntaba: «Por qué milagro, al complicarse las inervaciones, llega un momento en que el sujeto —el hombre— adquiere conocimiento de su existencia, de su realidad, y desde aquí, de la existencia, de la realidad del mundo.... Todo lo que conocemos lo conocemos por la conciencia, que va explorando trabajosamente la realidad, pero ignoramos, en cambio, qué sea esta conciencia.» De lo poco que de ella se sabe supo indicarlo, con sobria elegancia, en los siguientes términos: «La conciencia adquiere su plenitud cuando se ofrece el espectáculo de sí misma. El individuo tiene conciencia del mundo en que vive y tiene, sobre todo, conciencia de su conciencia.» Pero aquí se detiene. No sigue adelante, porque el Maestro se ha dado cuenta de que ya ha llegado al límite. Al límite *de lo que sí se sabe que se sabe*; de lo que sí se conoce, pero que no se explica. Esta ausencia de explicación la expresó Pi Suñer en términos claros y concisos: «Nada nos dice la ciencia, ni puede decirnos, acerca del problema de nuestra conciencia.» Regresa así a la senda que guió los capítulos de su libro «Principio y término de la biología». Desde las primeras páginas allí lo afirmó: «La biología principia en la física y termina en la metafísica.» Es, asimismo, expresión, reminiscencia y síntesis de otra obra que escribió, esta vez en inglés, «*The Bridge of Life*». El puente tendido entre la vertiente orgánica, fisiológica, que, por el otro extremo, se estriba en la filosofía.

No sabemos, ciertamente, lo que es la conciencia, pero el Maestro Pi Sunyer sí supo hacer hincapié en cómo aplicarla con tino, para hacer la vida más vivible, no solamente en la extensión del tiempo, sino en cada circunstancia. Escuchémosle: «La conciencia servida por la voluntad puede apresurar o retrasar la senectud. Un individuo será realmente viejo cuando se rinda; un espíritu joven mantiene en pie un organismo provector. Es gran mal el convencimiento de que fatalmente, al sonar una cierta hora, se ha llegado ya a la ancianidad y que sin remisión, dentro de otro plazo casi fatal, se ha de morir. Esta sugestión depresiva es la mejor preparación del camino de la tumba... Vivamos..., queriendo vivir, gozando el cuerpo de un perfecto equilibrio, y de paz el espíritu. Y cuando, a pesar de todo, venga la vejez, seguiremos amando la vida y de este mismo amor destilaremos la resignación y la ataraxia. Nos hundiremos conformados en un ocaso lento y amable sumergiéndonos como el sol en la noche de la muerte. Morir es como dormirse después de un día aprovechado...» «Guardemos nuestra vida, que es nuestro esencial patrimonio, admiremos y defendamos el milagro de nuestra conciencia, vivamos plenamente con todo nuestro cuerpo y con todo nuestro espíritu, ampliamente, largamente, dignamente; pero al llegar al término de la jornada, al cumplirse lo inevitable, que sepamos morir. Pasamos nosotros y otros vendrán.»

Los párrafos que anteceden ponen de manifiesto cómo en la reflexión del filósofo pueden prenderse las musas para inspirar a quien también es poeta, y así regalarnos un canto de amor y optimismo, capaz de posponer la senectud y de hacer dulce el morir.

En las conversaciones que acompañaban el quehacer de cada día, Augusto Pi Suñer nos confiaba inquietudes y preocupaciones que se traducían, con frecuencia, en severos juicios sobre la realidad social, señalando sus injusticias, oprobios y dolores. Sabía, además, encendernos el ánimo, en amables e inspiradas pláticas, cuando nos revelaba sus esperanzas y todas las cosas buenas que anhelaba para la humanidad. Aquel cuerpo de doctrinas constituía, realmente, un acabado compendio de moral y ética ciudadanas. Doctrinas que, en muy buena parte, contribuyeron a afianzar nuestros puntos de vista y nuestras más caras convicciones.

Tan sanos y nobles consejos los acogíamos con fervor y entusiasmo. Sabíamos que provenían de quien no acostumbraba a predicar sólo con palabras. Porque, en su país y fuera de él, el maestro Pi Suñer ya había demostrado que —sin temores y cualquiera que fuese el riesgo— también era capaz de predicar siempre con el ejemplo.

Esta comunión, en ideas y principios, con el Maestro, nos dio oportuno apoyo en momentos que para nosotros fueron duros y aciagos.

El 24 de noviembre de 1948, Rómulo Gallegos, primer presidente que en Venezuela había sido electo por el voto directo de su pueblo mediante sufragio universal, fue derrocado por un golpe militar. El zarpazo de la barbarie se apoderó de nuestra patria; concluyó la democracia y se inició aquella dictadura de oficiales traidores apoyados por civiles sinvergüenzas. A la protesta de la Universidad se respondió con el cierre de la misma y la ulterior prisión, o expulsión, de centenares de profesores y estudiantes. Para nosotros fue un dolor muy hondo que, a la par, nos sacudió de rabia y de intensa pena. El derrocamiento de Rómulo Gallegos golpeó fuertemente el ánimo de Augusto Pi Suñer. En la intimidad nos confesó que, para él, tal acontecimiento significaba su segundo naufragio. «Primero fue Franco en España —exclamó— y ahora aquí, los militares venezolanos.» Año y medio más tarde, apesadumbrado, desalentado por la presión creciente que la dictadura ejercía sobre la Universidad, solicitó su jubilación, la cual le fue concedida en 1951. Tenía entonces 72 años. A los pocos meses de la jubilación del Maestro se ahondó la crisis de la institución. Por su actitud rebelde y de protesta, fueron expulsados todos los miembros del personal docente del Instituto de Medicina Experimental, menos cinco de ellos; igual honor fue dispensado a la totalidad de los profesores de la Facultad de Odontología y a numerosos otros catedráticos de diversas escuelas de la Universidad Central. Para algunos profesores se nos había reservado una más alta distinción, que consistió en allanar nuestras casas y reducirnos a prisión en la denominada «Cárcel Modelo» de Caracas. De allí, en la mañana del domingo 2 de diciembre de aquel año de 1951, fui sacado de la celda y, escoltado por dos esbirros hasta la escalera del avión, fui aventado al destierro.

Separado de la Universidad, el Maestro Pi Suñer dispuso de más tiempo para escribir y para viajar. Desde 1951 hasta 1958, fecha en que fue derrocada la dictadura militar, escribió tres libros: «*The Bridge of Life*», «Sistema neurovegetativo» (2.^a ed.) y «*Classics of Biology*». Además, escribió su segunda novela en catalán: «Los Suñer médicos, padre e hijo», que editó en México en 1955. Este mismo año viajó a la India para recibir el Premio Kalinga.

Después de la caída de la dictadura y restablecido el régimen democrático, Venezuela le otorgó al Maestro dos distinciones más: la Orden Francisco de Miranda en 1961 y la Orden de Andrés Bello el año siguiente. Pero ya para esa fecha su salud decaía rápidamente; una intervención quirúrgica a la que fue sometido algunos años antes fue seguida de una grave hemorragia en el post-operatorio. Tal accidente parece haber marcado el comienzo de su deterioro físico y mental. Aquella vivacidad, aquel filo mental tan agudo y penetrante, le fueron abando-

nando, hundiéndose gradualmente en lo que él había denominado en «Dispersa y conjunta» «un ocaso lento y amable». Así se marchó a México, al lado de su hijo César. El 12 de enero de 1965, en aquella ciudad, rodeado del cariño de hijos y de nietos, para expresarlo en los términos que dejó escritos en vida, se sumergió «como el sol en la noche de la muerte». «Morir —también había escrito— es como dormirse después de un día aprovechado.» ¡Y cuán bien aprovechado!, podemos exclamar todos, fue ese día de 85 años del Maestro, consagrado a la creatividad, al cultivo de la dignidad, de la bondad y de la belleza.

Hablando de la significación del vivir, en el último capítulo del «Sistema neurovegetativo» se confiesa destinista al afirmar «vivir significa la inexorable necesidad de realizar el proyecto de existencia que es cada uno. Y este proyecto no es una idea o un plan pensado por cada hombre y libremente elegido. El yo encuentra hecho el proyecto. Que es anterior a todas las ideas que forman la inteligencia, a todas las decisiones de la voluntad. Muchas veces no tenemos de él sino un vago sentimiento y a veces ni eso. Y, no obstante, constituye nuestro ser más íntimo, y es nuestro destino». Siempre he celebrado, con gran satisfacción y alegría, que en mi proyecto de existencia, en el que para nada han intervenido mi inteligencia ni mi voluntad, se me haya depurado el hermoso destino de encontrarme en la vida con Augusto Pi Suñer.

Para finalizar, viene al caso mi acostumbrada oración. La que ya he pronunciado en otras ocasiones, en mi condición de discípulo:

Quien circunscribe sus quehaceres a dar clases, instruir o dar explicaciones, cumple obra meritoria; encomio para la tarea del profesor, del catedrático, del docente de escuela o de taller. Pero quien no establece límites para ejercer su pedagogía, quien persigue metas universales de verdad, de justicia y de belleza para iluminar con su lección el ámbito del aula y las penumbras de la calle; ése es el Maestro. Maestro fue Augusto Pi Suñer y suerte impar nos ha tocado al haber sido sus discípulos. Digo suerte impar, ya que no es fácil tener un Maestro. Porque es que los Maestros nacen Maestros. Del mismo modo que nace un niño pintor, alguno nace Beethoven y otro nace poeta.